



# **Reto en el colegio**



**COLECCIÓN PLANETA VERDE**

Título original: *The Present Taker*

© 2012, 1983, Aidan Chambers

© de la traducción,

Alonso Carnicer Mac Dermott

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2015

Av. Andrés Bello 2115, piso 8,

Providencia, Santiago de Chile.

**[www.planetalector.cl](http://www.planetalector.cl)**

**[www.planetadelibros.cl](http://www.planetadelibros.cl)**

Primera edición | 1985

Tercera edición en Chile | enero 2018

ISBN | 978-956-247-949-3

Impreso en China / *Printed in China*

Diseño de colección:

María de los Ángeles Vargas T.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo por escrito del editor.

**El libro original protege el trabajo del autor, diseñador y del equipo editorial. Comprar el original es respetar ese trabajo. No fomentes el delito de la piratería.**

# Reto en el colegio

---

AIDAN CHAMBERS

TRADUCCIÓN DE Alonso Carnicer Mac Dermott

—**E**speren aquí —dijo Melanie Prosser en la puerta del colegio—. Así no podrá escaparse.

—En el auto de su papito —dijo Sally-Ann Simpson—. Cerda presumida.

—Le haré una llave de brazo —dijo Vicky Farrant—. Soy un fenómeno haciendo llaves de esas.

—Espera a que la llevemos detrás de la caseta de las bicis —dijo Melanie—. Hasta entonces, todo adulaciones.

Desde un ángulo de la sala de actos de la escuela, Angus Burns observaba a las tres chicas que merodeaban en torno a la verja de entrada.

Sabía que ese día la esperarían por ser su cumpleaños. Era típico de Prosser que se le ocurriera una idea así. También sabía lo que le gustaría hacerle a Prosser: partirle a patadas sus asquerosos dientes.

Angus se apartó el pelo de la cara y recorrió con los ojos la calle, el campo de deportes del colegio y por último el camino asfaltado que conducía al trozo de patio que podía verse desde donde estaba, buscando a Clare Tonks. Hoy le darían descanso a ella mientras se metían con Lucy. Eso era lo máximo a lo que podía aspirar la pobre Clare: un día libre cuando se aburrían de ella y, para variar un poco, se dedicaban a atormentar a otra persona.

Finalmente, Angus divisó a Clare. La verdad era que resultaba difícil no verla si estaba por los alrededores, de tan grande como era. Tonks *el Tanque*. Estaba en el cobertizo de las bicicletas, donde era imposible que la vieran desde la puerta de entrada, y miraba hacia Angus.

—A mí la primera vez me bastará con un estuche nuevo —decía Sally-Ann—. El viejo está hecho un asco.

—Podría hacerle una llave de las buenas —siguió Vicky—. Y de postre, una palanca en la muñeca para que vea las estrellas.

—Deja un poco para las demás... —dijo Melanie, paciente como una abuelita.

—O igual la echo al suelo con una vuelta de cadera y la agarro del pie... Ya verán cómo así se pone a gritar, esa imbécil.

Melanie bostezó.

Sally-Ann soltó una risita.

—Tú siempre con el rollo ese de la lucha libre. Me parece que estás un poco chiflada.

Lucy Hall bajó la escalera de casa con sus zapatos azules nuevos, que eran un regalo de cumpleaños. Oyó cómo su padre sacaba el auto del garaje en marcha atrás.

—¿Tú crees que es buena idea ponértelos? —preguntó Sarah Hall, acercándose a Lucy para despedirse de ella en la puerta.

—Deja ya de preocuparte, mamá —dijo Lucy, que estaba metiendo sus cosas en el bolso para ir a la escuela.

—Luego no protestes si se te estropean.

—No se van a estropear.

Jack Hall hizo sonar la bocina del auto.

—Adiós, mamá. Hasta la tarde.

Se besaron y Lucy salió corriendo hacia el auto, donde la esperaba su padre.

«Solo cinco semanas más —pensó Sarah—. Y luego las vacaciones y después por fin la escuela secundaria. Parece como si hubiera sido ayer mismo cuando empezó la primaria. ¡Cómo pasa el tiempo!»

Saludó con la mano mientras el auto se alejaba.

—Buenos días, señora Harris —saludó Melanie cuando la maestra, apresurada, entraba por la puerta del colegio.

—Buenos días, chicas —contestó la señora Harris, parándose a mirarlas—. ¿Qué están haciendo aquí? ¿No pueden jugar en el patio?

—Hoy es el cumpleaños de Lucy, señorita —dijo Melanie, con una voz dulce como el almíbar.

—Tenemos una sorpresa para ella —dijo Sally-Ann con una sonrisa zalamera. Se le daba bien aquella expresión, porque estaba convencida de ser perfecta para el papel de Annie en la comedia musical, y había ensayado una sonrisa especial para estar preparada el día que la llamaran.

—Lo había olvidado —reconoció la señora Harris—. Dios mío, ¿y no le tocaba a ella darles de comer a los hámsters? Será mejor que me encargue yo misma de hacerlo. ¿Le tienen preparada una bonita sorpresa?

—Tremenda —dijo Vicky secamente, con los ojos clavados en el suelo.

—Me alegro de que hayan pensado en ello —dijo la señora Harris, que caminaba de nuevo hacia la escuela a paso rápido.

—Vieja idiota —murmuró Sally-Ann.

—Cierra el pico —ordenó Melanie.

—Señora Harris —dijo Angus, saliéndole al paso a la profesora.

—Hola, Angus. Hoy llegas temprano, eso es todo un acontecimiento.

—Es el cumpleaños de Lucy.

—Eso me acaban de decir. —La señora Harris miró atrás hacia el grupito reunido junto a la puerta—. Parece que Lucy se ha vuelto de repente muy popular.

—Había pensado que...

La señora Harris esperó a que hablara.

—Bueno, hijo, dime. No dispongo de todo el día.

—... había pensado que podría usted recibirla.

—¿Ir a recibirla yo?

—Como es su cumpleaños y eso.

—¿En la puerta, quieres decir? —La señora Harris rió—. No, Angus, no puedo hacer eso. Entonces tendría que salir a recibirlos a todos el día de su cumpleaños. Además Melanie y Sally-Ann y, ¿cómo se llama?, Vicky Farrant, la están esperando con una sorpresa. Después de pasar lista cantaremos *Cumpleaños feliz* todos juntos y así ya habremos celebrado la ocasión adecuadamente, ¿no te parece? A fin de cuentas, Lucy no pertenece a la familia real ni nada parecido.

—Es solo...

—¿Sí?

Angus se ruborizó. O por lo menos, el trozo de cara que estaba a la vista de la señora Harris se puso colorado: la mayor parte de su rostro quedaba oculto por el pelo. Un pelo frondoso y, desde luego, largo.

La señora Harris rió de nuevo, esta vez más fuerte.

—¡Vaya, vaya! Nunca lo habría sospechado en ti, Angus Burns. Pero tienes buen gusto, eso tengo que reconocerlo.

Hizo un quiebro como para seguir su camino hacia la escuela, dando un rodeo para dejar atrás a Angus, que se había quedado clavado en el mismo lugar, azorado, pero de pronto se detuvo y volvió a mirarlo.

—Si quieres puedes hacer algo para ayudar a Lucy y también a mí.

Angus se apartó el pelo de los ojos y consiguió mirar a la maestra.

—¿Qué, señorita?

—Darles de comer a los hámsters. Hoy le toca a Lucy y...

—Pero, señorita, yo...

—Ya la verás luego. Y piensa en lo que se va a alegrar.

La señorita Harris tomó a Angus del hombro y lo hizo entrar con ella en la escuela. Angus, furioso, miró atrás hacia el grupo reunido junto a la puerta y entró.

Jack Hall detuvo el auto a una distancia prudencial de la puerta de entrada.

—¿Amigas tuyas? —preguntó haciendo un gesto en dirección a las tres chicas que habían salido a la acera.

—De la misma clase —dijo Lucy, entreteniéndose innecesariamente con el bolso.

—Por la manera de saludar, parecen contentas de verte.

—Están diciendo tonterías, nada más. Adiós, papá.

—Y otra vez feliz cumpleaños, querida.

Acercó la cabeza a ella y la besó. Lucy se apartó de prisa y bajó del auto.

—Hasta luego —dijo Jack.

—Adiós.

Lucy cerró con fuerza la puerta del auto y se quedó mirándolo mientras se alejaba. Prefería que su padre quedara fuera de la vista antes de encararse con Melanie. Hasta aquel momento había tratado de convencerse de que aquello no iba a ocurrirle.

Pero Melanie y las otras dos se precipitaron hacia ella.

—¡Hola, Lucy! —exclamó Melanie, jadeando de entusiasmo y agarrando la mano de Lucy de una manera que podía parecer amistosa si uno, al observarlo, no sabía que se trataba de otra cosa. Le dio a Lucy un abrazo torpe e incómodo.

Sally-Ann y Vicky daban saltitos a uno y otro lado.

—¡Claro! —exclamaron—. ¡Feliz cumpleaños!

—¡Once añitos ya! —dijo Melanie como si lo estuviera anunciando al mundo entero.

—Doce, si te empeñas —dijo Lucy, tratando de librarse la mano.

—¡Doce! —Las cejas de Melanie se alzaron mientras le agarraba la mano con más fuerza—. Qué maravilla, ¿no les parece, chicas? ¡Lucy cumple doce años!

Sally-Ann soltó una risita.

Otros niños, al pasar, se mantuvieron a cierta distancia del grupo.

—Tan crecida —opinó Vicky.

—Dame tu bolso, pues —dijo Sally-Ann, a la vez que se lo arrebató—. Hoy te lo llevaré yo. ¡Será todo un honor!

Lucy tendió rápidamente el brazo para recuperar su bolso, pero en ese momento Vicky le aferró el brazo y se lo retorció a la espalda.

—¡Suéltame! —gritó Lucy, forcejeando para soltarse. Había oído a otras personas gritando así mientras les hacían lo mismo que a ella, pero nunca había intervenido, de la misma manera que nadie lo hacía ahora.

—¡Corre! —ordenó Melanie. Entre ella y Vicky obligaron a Lucy a caminar por la acera y, pasando las puertas, la condujeron, dando traspiés, hasta el otro extremo del patio para que no las molestaran. La llevaron detrás del cobertizo de las bicicletas, donde nadie podía verlas desde la escuela.

Durante todo el trayecto, Melanie y Vicky, y Sally-Ann, que cerraba la marcha abrazando el bolso de Lucy como si contuviera un tesoro, reían y alborotaban.

Desde la clase en que estaba dando de comer a los hámsters, Angus oyó la ruidosa procesión. Echó el resto

de la comida en la jaula y fue rápidamente, sorteando las mesas, al otro lado del aula hasta las ventanas que daban al patio. Llegó justo a tiempo para ver de refilón a Sally, que era la que iba en último lugar, cuando desaparecía detrás del cobertizo.

Algunos de los otros miraban también, pero nadie seguía al grupo. Angus buscó con la vista a Clare Tonks; al principio no conseguía encontrarla, pero luego vio su enorme sombra detrás del cobertizo, apoyada contra la pared. Angus pensó que solo los ladrillos la separaban de lo que estaba ocurriendo al otro lado. Probablemente podía oír hasta la última palabra de lo que decían Prosser y sus secuaces. Luego le preguntaría.

Angus se apartó de la ventana. La señora Harris no le prestaba atención; estaba ocupada en su mesa escribiendo algo.

—¿Puedo irme ya, señorita?

—¿Ya está todo?

—Creo que sí.

—¿Y los peces?

—Sí, señorita —mintió. Ya se ocuparía de ellos durante el recreo; no iban a morir antes. Lucy era más importante.

—De acuerdo.

Salió rápidamente.

—Solo queremos hablar contigo —decía Melanie.

Sally-Ann había arrojado el bolso a los pies de Lucy. Entre ella y Vicky le sujetaban los brazos, inmovilizán-

dolos contra la pared del cobertizo de las bicicletas. Para esquivar los ojos de Melanie, Lucy miraba fijamente al otro lado del campo de deportes, hacia las casas que estaban más allá de la carretera.

—Queremos que nos cuentes todos los estupendos regalos que te han dado esta mañana —demandó Sally-Ann.

—Alguna cosa linda, seguro —dijo Vicky—; como tu papá tiene una tienda y eso.

Melanie empujó el bolso de Lucy con el pie.

—¿Qué has traído para alardear? —preguntó.

—¡Nada! —replicó Lucy, con un tono no exento de triunfalismo.

La sonrisa se borró de la cara de Melanie.

—Seguro que has traído algo.

Se agachó y lentamente abrió la cremallera del bolso, sin quitarle el ojo a Lucy en ningún momento.

Lucy se obligó a sí misma a no decir una sola palabra.

—Será mejor que lo comprobemos —dijo Sally-Ann—. No te importa, ¿verdad, Lulú?

Melanie empezó a hurgar en el bolso.

Lucy empezó a perder los estribos y, sin poder evitarlo, exclamó:

—¡Deja mis cosas en paz!

—¡Cállate, llorona! —dijo Vicky Farrant, apretando los dientes y dándole a Lucy un fuerte pellizco en el brazo que le hizo dar un respingo.

Junto al cobertizo se oyeron unos rápidos pasos. Angus apareció de golpe, y frenó en seco en la esquina.

Echaba chispas por los ojos mientras miraba hacia el pequeño grupo, que se había convertido en piedra a causa de su llegada. Pero el pelo no tardó en caerle de nuevo sobre los ojos. Melanie se puso en pie y le devolvió una mirada igualmente fiera.

—¿Qué? ¿Ya has visto lo que querías? —preguntó, con los brazos en jarras.

—Déjenla en paz —dijo Angus, en un tono de voz no demasiado convincente.

—¿Y a ti qué te importa todo esto, esqueleto mele-nudo? —preguntó Sally-Ann. Cuando quería ponía una voz que a uno le perforaba los oídos.

—Déjenla, y punto.

—Está enamorado de ella —dijo Vicky, muy fresca.

—¡Aaaaah!, ¿tú crees? —exclamó Sally-Ann burlándose.

—No es verdad —dijo Angus con excesiva prisa.

—Sí es verdad —dijo Melanie, sin un rastro de sonrisa en la cara—. Bueno, pues no hace falta que te preocupes. Solamente estamos hablando. No hay nada de malo en hablar, ¿no? Así que ya puedes largarte, Angus Burns, porque con tu novia —hizo una pausa, desafiándolo— estamos teniendo una conversación pri-va-da.

Hubo un largo silencio. Entonces Angus abrió la boca y luego la cerró. Después miró hacia un lado como si le estuviera hablando a alguien que quedaba fuera de la vista.

—¡¿Tienes ahí a alguno de tus asquerosos amigos?! —le gritó Sally-Ann—. No nos dan miedo. Ya sabes lo que

pasará si le decimos al señor Hunt que los chicos se han estado metiendo con nosotras.

Angus se balanceaba sobre uno y otro pie, mirando hacia ella y luego desviando la vista. Finalmente, con la mano se apartó el pelo de la cara y dijo:

—Vete con mucho ojo, Prosser, eso es todo.

—Preferiría no ponerle el ojo encima a tu jeta, si no te importa. ¡Vamos, vuelve a tapártela con el pelo!

—Estás avisada —dijo Angus, esforzándose para controlar su rabia.

—No te olvides del viejo Hunt —repuso Melanie.

Angus titubeó; entonces, sintiéndose furioso, retrocedió lentamente, dando la vuelta a la esquina del cobertizo.

En cuanto se marchó, Melanie se volvió hacia Lucy.

—Vaya asco de amigos que tienes —dijo—. No valen nada.

—No son ni la mitad de asquerosos que los tuyos —dijo Lucy, sin poder controlarse—. Y además, Angus Burns no es amigo mío.

—No es lo bastante bueno para ti, ¿eh? —preguntó Vicky.

—Bueno, ya está bien de eso —cortó Sally-Ann—. ¿Qué hay de los regalitos?

—No hay gran cosa en su bolso, las cosas de siempre —dijo Melanie, sin apartar los ojos de los de Lucy. Tenía unos ojos inquietantes, como de gato, que apenas parpadeaban.

—¡Ya te lo había dicho! —exclamó Lucy.

—Pero es curioso en lo que llega una a fijarse —dijo Melanie— si miras bien dónde estás pisando.

—¿De qué está hablando? —le preguntó Vicky a Sally-Ann.

Sally-Ann miró hacia el suelo y gritó:

—¡Ooooh, sí!

—¿Eh? —dijo Vicky.

Melanie, con los ojos aún clavados, sin pestañear, en los de Lucy, señaló con un dedo.

—Tendremos que enseñarle modales a Lucy *la Vomitiva* —dijo—. Nada de regalos, pero sí zapatitos nuevos para alardear.

—¡Anda, es verdad! —exclamó Vicky, y Lucy sintió cómo le apretaba con más fuerza la mano que le sujetaba el brazo.

—Feliz cumpleaños, Lucita —dijo Melanie, y arrojando mucho la cara, acercó los labios, exageradamente húmedos y fruncidos, hacia la cara de Lucy. La muchacha apartó la cara para evitar aquel empalagoso beso. Los labios de Melanie fueron a aterrizar, con un ruido pegajoso, en su oreja.

Melanie dio un paso atrás.

—Muy bien, señorita presumida, vamos a tener que enseñarte lo que pasa a la gente que no quiere ser simpática.

—Esta vez no será nada —dijo Sally-Ann como una enfermera que tranquiliza al paciente antes de una operación.

—Preparadas —dijo Melanie.

Vicky y Sally-Ann alzaron cada una un pie por encima de los zapatos de Lucy.

—¡Pisen! —ordenó Melanie.

Los pies suspendidos en el aire cayeron pesadamente sobre los zapatos de Lucy, se retorcieron a uno y otro lado, y luego volvieron a alzarse.

Lucy dio un grito, e instintivamente trató de agacharse para tomarse los pies con las manos y calmar el dolor pero Vicky y Sally-Ann la tenían clavada contra la pared; lo único que podía hacer era retorcerse de un lado para otro y mover los pies dentro de los zapatos tratando de aliviarlos. Le asomaron lágrimas a los ojos. Mientras agachaba la cabeza para esconder la cara, veía a través de las lágrimas la superficie arañada y abollada de sus zapatos de cumpleaños.

Llevaba deseando tenerlos desde hacía semanas. Su padre había hecho un viaje a Gloucester especialmente para comprarlos y aquella mañana, con tantas ganas de ponérselos como tenía, no había podido resistirse a la tentación. Ahora el dolor de sus pies no era nada comparado con la pena que sentía al ver su regalo estropeado. Odiaba a Melanie por haberle hecho aquello.

En cuanto recobró el aliento y ya podía ver de nuevo con normalidad, lanzó hacia Melanie una mirada llena de odio. Pero Melanie se rió, como si le complaciera que la detestaran con tanta pasión.

—Vamos, Vomitiva —dijo Melanie—, háganos de todos los demás regalos.

Lucy sacudió la cabeza.

—Debes de tener millones de ellos —dijo Sally-Ann—. Las presumidas como tú siempre los tienen.

Lucy volvió a negar con la cabeza, luchando para no decir una sola palabra.

—Te crees que eres alguien, ¿verdad? —dijo Vicky—, solo porque llegas a la escuela en ese auto ostentoso.

—No soy la única que viene en el auto de sus padres —dijo Lucy, sin poder evitarlo. ¿Cómo podía permitir que le dijeran cosas tan estúpidas sin contestarles?

—Yo no —dijo Vicky, retorciendo un poco más el brazo de Lucy.

—Y menos aún en autos así de ostentosos como el de tu papá —añadió Sally-Ann.

—Tiene un auto grande por su trabajo. Tiene que cargar muchas cosas dentro.

—¡Trabajo! —exclamó Vicky con una mueca desdenosa—. Mira que llamar a eso trabajo. Ser dueño de una tienda.

—No es el dueño; es el gerente.

—¡Y qué más da una cosa que otra! ¡Vivan los trabajadores!

—¿Y tú qué sabes, Farrant?

—Oye tú —dijo Vicky—, no seas descarada.

Y con la frente dio un golpe contra la de Lucy.

A Lucy se le volvieron a enturbiar los ojos.

Vicky observó el resultado con gran interés.

—Cabezazo con la frente —dijo—. Puede que lo convierta en mi especialidad.

—Vicky va a dedicarse a la lucha libre —anunció Sally-Ann—, ¿verdad, Vicky?

—¡Como si no lo supiéramos todos ya! —exclamó Lucy.

—Ve los combates por la tele todos los sábados y hasta va a verlos en vivo cuando hay lucha libre en el Centro Recreativo. Naturalmente, ganará lo mismo a los hombres que a las mujeres, ¿no es cierto, Vicky?

—Como no has traído regalitos —dijo Melanie—, puedes invitarnos a tu fiesta esta tarde.

—No voy a hacer ninguna fiesta —dijo Lucy, que todavía estaba luchando por contener las lágrimas.

—Demasiado tacaña —dijo Vicky.

—La celebraré durante las vacaciones, si es que tanto te interesa saberlo.

Lucy estaba furiosa consigo misma por permitir que la provocaran a decirles cosas.

—No puedo esperar hasta las vacaciones —dijo Melanie—. Será mejor que me traigas un regalo mañana como compensación.

—Y otro para mí —dijo Sally-Ann.

—Y para Vicky también —añadió Melanie.

—Algo bonito —exigió Sally-Ann—. Una cosa bien nuevecita.

Puso un dedo contra la punta de la nariz de Lucy y empezó a apretar lentamente.

—Como un tomate aplastado —dijo.

—No lo olvidarás, ¿verdad, querida Lucita?